

La mala vida

(Monólogo)

Carlos Sáez Echevarría

PERSONAJES

ESTRELLA.

PRESENTADOR DE TELEVISIÓN.

La escena representa el salón de estar de una casa, donde hay un teléfono, un televisor y varias sillas. Entra en el escenario por el patio de butacas ESTRELLA, una mujer de treinta años, vestida de monja con una gran toca y una bolsa de viaje. En la bolsa de viaje lleva un vestido muy escotado de señora, un bolso con joyas, un estuche de maquillaje y unos zapatos de tacones de aguja.

ESTRELLA.- Ante todo, respetable público, les debo una explicación porque yo no voy a decir aquí el texto que me habían preparado el autor y el director de escena. ¡Ni hablar! ¡Me niego rotundamente! Para algo he estudiado arte dramático e interpretación. Me habían preparado un papel de monja y además misionera y eso no va de ninguna forma con mi carácter. Yo he sido, soy y seré siempre una cualquiera. ¡Nada de misionera! ¿Por qué voy a tener que fingir aquí un papel que no siento, aunque me digan cincuenta mil veces que lo hago muy bien? **(Se quita la toca, el traje y los zapatos de monja. Saca de la bolsa de viaje la ropa y los zapatos de aguja y se los pone.)**

Yo podría fingir la voz y los ademanes, haciendo ver que era una santa; pero eso no es la verdad. Así no les podría conmovier a ustedes. ¡La única forma de poderles conmovier un poco es contándoles lo que me ha sucedido, que es lo que realmente siento profundamente! ¡Además siento la necesidad de comunicarme con alguien que no pueda acusarme después de la confesión! Porque ustedes no podrán insultarme luego por la calle, diciendo despectivamente: ¡Ahí va esa zorra, una mujer de la vida que solo aspira a estrujar el bolsillo de los hombres!

¡Yo lo podría negar ante cualquiera, porque fingiría que era todo un truco teatral y que les había mentido!

Además considero que el teatro tiene que ser una cosa viva, representada por actores que nos cuenten sus propias experiencias y no papeles aprendidos de memorias que no les dicen nada. Yo creo que les podría interesar bastante lo que me ha sucedido y no tendría que aprenderme de memoria ningún papel, porque considero que las cosas que me suceden a mí, por el mero hecho de ser mujer, son terriblemente interesantes. **(Saca del bolso de mano el estuche de maquillaje, se pinta los labios y se da colorete mientras habla.)**

Ya desde pequeñita me pasaban cosas muy raras. ¡Las cosas que me hacía el tío Andrés! ¡Y cómo me acariciaba! Yo era tan inocente que creía que el tío Andrés me besaba tanto porque me quería mucho. ¡Ya, ya! Mi madre nunca me lo quiso decir, pero yo creo que ella sabía que al tío Andrés le gustaban los niños. Yo le guardé el secreto, cuando me dio quinientas pesetas, para que comprase todo lo que quisiera, sin decírselo a mis madres. Me dijo bondadosamente: me gusta acariciarte porque te quiero mucho y me gusta verte desnudita, porque eres muy bonita. Yo me dejaba acariciar en sus brazos y la verdad es que en el fondo de todo me causaba placer. Tenía unas manos muy peludas y fuertes. A continuación se metía la otra mano en el pantalón, mientras se agitaba y se convulsionaba fuertemente. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de lo que hacía con la otra mano, cuando se la metía en el bolsillo del pantalón. No podía creer que unas simples caricias sobre mi cuerpo desnudo, podrían ocasionar una exaltación sexual tan vehemente. **(Saca de la cartera una pitillera. Coge un cigarrillo y lo enciende, fumando lentamente.)**

La verdad es que aquel comportamiento de mi tío, influyó muchísimo en mi carácter posterior. ¡Ya lo creo! Me aficioné a las caricias de los hombres. Me gustaban sus grandes manos peludas y la fuerte presión que hacían sobre mi carne, cuando me manoseaban impacientemente. Admito que solamente me gustaban las manos de hombres fuertes y peludas. Las manos de los adolescentes no me gustaban nada. Este gusto que sentí por las manos peludas de los hombres maduros, fueron causantes de mi perdición. Para mis amiguitas yo era una chica rara. Veían que me enamoraba de hombres maduros y que me dejaba acariciar por ellos. Al final todas mis amiguitas me fueron abandonando, cuando vieron que no solamente me dejaba acariciar por ellos, sino que también admitía regalos, como lo hizo al principio mi tío.

Al final la desbandada de mis amiguitas fue general, cuando vieron que no solamente admitía regalos esporádicos, sino que me hacía pagar muy bien por ellos. Mi madre fue la última en darse cuenta, pero ya muy tarde, cuando me había hecho una clientela de hombres maduros ricos, que me llamaban a todas horas, para salir conmigo y para invitarme a cenar y a ir de viaje. Mi madre me decía muy extrañada. ¡La voz de ese hombre que te llama tan frecuentemente, parece la voz de un viejo! Al final las amigas de mi madre le quitaron el velo de los ojos, indicándole el tipo de relación que yo tenía con los hombres maduros. Mi madre se lo dijo a mi padre y mi padre un día me llamó en privado, sin que se enterase mi hermano Francisco.

Todavía recuerdo la expresión de su cara, tan pálida y desencajada, sus ojos airados, sus labios apretados, la expresión de impotencia de su voz, cuando me llamó *zorra*, *mil veces zorra* y me pegó un bofetón que me hizo tambalear. ¿Qué le podía contestar yo, si todo lo que dijo era verdad?

No obstante reaccioné de una forma muy particular, como siempre, cuando me veo en situaciones límite. Me reí de él. Le llamé *imbécil*. Le dije que en solo un año de ramera de hombres maduros, había conseguido ganar lo que él había ganado en diez años con trabajo humillante de archivero en una oficina. Le dije que con solo dieciocho años había comprado ya mi propio apartamento, donde realizaba los encuentros; le enseñé el Rolex que me había regalado un cliente y el coche que se podía ver a través de la ventana, que me había regalado el gerente de su oficina; le insulté mil veces y le llamé *estúpido*. Le dije que no hacía falta que me echara de casa, porque yo me iba de muy buena gana.

Mi madre lo estaba oyendo todo desde el cuarto de al lado, entró en la habitación y me pegó otro bofetón. A pesar de todo, yo creo que en el fondo admira mi coraje. ¡Ella se parecía mucho a mí, pero tal vez le faltaba la bravura que yo tenía para todo!

Aquel mismo día hice mi maleta y me marché. Mi hermano Francisco no se enteró de nada. Debió de ser al cabo de unos días, cuando le comunicaron la razón de mi partida. Mi hermano siempre me despreció, pero estuvo en contacto conmigo sobre todo, cuando le hacía falta dinero y venía a *sablearme*. Yo me dejaba *sablear* por él de vez en cuando, porque en el fondo era el único de la familia a quien apreciaba un poco. ¡Mis padres habían estado siempre muy distantes de mí! Solo me hablaban, para mandarme o para reñirme. El trato con mi hermano era diferente. Era dos años más joven que yo y era la única persona que se dejó influir un poco por mí.

Después de mi partida solo volví a ver a mi padre en una ocasión muy humillante. Ya les dije que el gerente del negocio de mi padre era uno de mis clientes. Mi padre lo supo siempre y no soportaba las bromas de los compañeros de trabajo, cuando le contaban que le habían visto con su hija tomando copas y besándose acaloradamente. Un buen día pidió la cuenta, pegó un puñetazo al gerente, antes de partir y se marchó a otro negocio de la competencia. Al cabo de cierto tiempo las cosas se tornaron contra él. La empresa donde trabajaba quebró y se quedó sin empleo. Como tampoco mi hermano trabajaba, se quedaron en la miseria.

No tuvieron más remedio que pedirme ayuda para que pudiera volver a la primera empresa. El excesivo orgullo de mi padre le impedía ponerse en contacto conmigo. Mi hermano hizo de intermediario, pero yo le exigí que me lo pidiera él mismo en persona, si quería que hiciera algo en su favor.

Todavía me acuerdo del aspecto que ofrecía mi padre, cuando se presentó delante de mí. El rostro entristecido y su mirada rehuyendo constantemente la mía. Le ofrecí dinero y no lo aceptó. Quería solo volver a trabajar dignamente, como siempre lo había hecho.

Le prometí ayudarles y al mes siguiente pudo volver otra vez al trabajo. Me bastó unas cuantas noches con el gerente para convencerle de que todo fue un arrebató paternal sin más consecuencias. Supongo que esta vez mi padre tuvo que aguantar todavía más las bromas de sus compañeros, hablándole de mis actividades con el gerente y otros viejos verdes adinerados.

Por lo menos pudieron seguir comiendo todos los días. Mi mala fama, mientras tanto, corría de boca en boca por toda la ciudad.

(Suena el teléfono y lo coge ESTRELLA.)

Diga... **(Asustada.)** No... no... está. Lo siento... No... Ni siquiera lo he visto... Lo siento... Adiós...

¿Por qué me habrán llamado? ¿Qué les habrá hecho creer que estaba conmigo?... ¡No me lo explico! ¡Yo no creo haberles dado a entender nada! **(Se queda pensativa.)**

A no ser que algún descuido por mi parte... ¡Pero si yo lo he hecho todo bien, conforme lo había planeado! Me parece que alguien ha metido la pata. ¿Habrá sido un chivatazo? **(Se vuelve a quedar pensativa.)**

Ustedes se preguntarán qué es lo que me pasa. Todavía no les he dicho que mi hermano es una auténtica calamidad. Nunca ha querido estudiar, ni trabajar. Tal vez ha sido culpa mía, al ver el tipo de vida que yo llevaba y lo bien que me iba. El caso es que yo me siento un poco culpable de lo que le ha pasado.

Un buen día decidió vivir de las mujeres de la vida. Se le había presentado una ocasión única para vivir bien, sin trabajar. Era joven, solo tenía veinte años y una estatura de metro ochenta, ojos verdes, una nariz aguileña y una sonrisa fascinante.

Felisa, una prostituta de cuarenta años que tenía un chulillo de tres al cuarto, llamado Juanillo, le pidió a mi hermano que le librara de él, amenazándole y pegándole, si fuera preciso. Mi hermano lo vio fácil porque el chulillo en cuestión no era nada peligroso y le pegó una paliza tremenda, obligándole a dejar a Felisa, para ocupar él su puesto.

Ante todo tengo que decirles que, si yo hasta la fecha he hecho dinero, ha sido principalmente por tres motivos: primeramente porque lo hice siempre a solas, sin tener ningún chulo a mi lado que me robase lo ganado; en segundo lugar, porque yo me dediqué a trabajar con hombres maduros adinerados, los cuales son siempre muy espléndidos con las jovencitas que les hagan gracia y que rían sus imbecilidades; y en tercer lugar porque nunca trabajé dentro de barrios chinos, ni de me codeé con otras prostitutas, corroídas casi siempre por la envidia.

(Vuelve a sonar el teléfono. ESTRELLA se queda pensativa y tarda algo en coger el auricular. Por fin decide cogerlo.)

¡Diga..., no... aquí no es! ¡Se ha confundido! **(Vuelve a colgar el teléfono.)**

¡Han vuelto a llamar! ¡Esto no me gusta nada...! ¿Cómo saben el número de este teléfono? ¿Cómo han podido relacionarme con él? ¡Voy a tener que marcharme rápidamente!

Siento una urgente necesidad de contar a alguien lo que me pasa. Yo creo que ustedes, después de todo, se merecen una explicación. Al fin y al cabo han tenido la paciencia de escucharme.

Mi hermano Francisco es una auténtica calamidad. Yo no sé si es cuestión de carácter, cuestión de mala cabeza o cuestión de mala suerte. El caso es que todo lo que hace, resulta un auténtico fracaso. El último negocio que se le ocurrió fue asaltar la principal joyería de Ponferrada.

En un viaje que hizo con Felisa a esa ciudad para visitar a los parientes de ella, se fijó que había una joyería, bastante desprotegida, que solo tenía como dependiente a las cinco de la tarde a una señora mayor. A las seis de la tarde entraba a trabajar otro dependiente joven.

Cuando me contó los preparativos que estaba haciendo para asaltar la joyería, intenté disuadirle. Como él quería hacerlo, aconsejado por un amigo con antecedentes penales, le dije con toda la elocuencia de que soy capaz, que un robo de esa categoría requería realizarlo solo, sin decírselo a nadie, para evitar a los soplones, sobre todo si alguna persona salía perjudicada. También le dije que cualquier paso en falso podría dar con él en la cárcel para toda su vida. ¡Yo me desesperaba porque veía que no me hacía caso! ¡Estaba completamente decidido!

El asalto a la joyería resultó desastroso. Se protegía, para no ser visto, con un pasamontañas y como arma defensiva llevaba, por si acaso, un revólver. No necesitó, realmente, hacer casi nada para robar, porque la señora mayor, al verse asaltada por un individuo con un pasamontañas y un revólver, se desmayó allí mismo delante de mi hermano. Mi hermano amordazó con un pañuelo la boca la señora y la maniató con cuerdas.

Cogió rápidamente joyas y relojes a manos llenas. Las metió en este bolso que tengo aquí y huyó precipitadamente sin ser visto por nadie, según él.

Después, para no despertar sospechas, me entregó a mí el bolso con las joyas, para que se las guardara, hasta que se olvidase del caso la policía. **(Saca de la bolsa de viaje el bolso repleto de valiosísimas joyas y se las muestra al público.)**

¡Estas joyas tienen que valer muchos millones! Podríamos vivir como reyes mi hermano y yo para el resto de nuestras vidas. La dificultad está en cómo venderlas... Perdonen, pero ahora es la hora del telediario y quiero ver lo que dicen del caso.

(Se dirige al televisor y lo enciende. Se oye la música de introducción a las noticias y aparece en la pantalla un presentador, diciendo lo siguiente.)

PRESENTADOR DE TELEVISIÓN.- La señora mayor, víctima del atraco a una joyería de Ponferrada, ha muerto de un ataque al corazón. El atracador, al sacar del bolsillo el pañuelo con el que la amordazó, dejó caer al suelo, sin darse cuenta, una cartera de bolsillo con sus datos personales. La policía le acaba de arrestar, tras un tiroteo por las calles de Madrid. Como consecuencia del tiroteo ha muerto un policía. Todavía no se han recuperado las joyas, cuyo valor asciende a doscientos millones de pesetas. Se sospecha que está implicada una peligrosa mafia italiana. Continuaremos dándoles más noticias del caso en el próximo telediario.

(Se vuelve a oír la música de introducción al telediario y ESTRELLA lo desconecta rápidamente. Lloro y enjuga las lágrimas con un pañuelo.)

ESTRELLA.- ¡Le han cogido! ¡Qué hago yo aquí con las joyas! ¡Qué voy a hacer, Dios mío! ¡Yo también estoy implicada! ¡Tengo que marcharme inmediatamente!

(ESTRELLA se vuelve a desnudar e intenta ponerse el traje de monja. Cuando está medio vestida suena el teléfono. ESTRELLA se estremece. Va hacia el aparato y, temblando, se lo coloca al oído.)

Nadie contesta... **(Vuelve a colgar el aparato.)** ¡Ya están detrás de mí! ¡No puedo perder más tiempo! ¡Perdonen ustedes si les interrumpo la función, pero comprenderán que tengo que marcharme precipitadamente! ¡Les ruego que me ayuden a escapar de aquí!

(Entra por el patio de butacas un gangster con un revólver en la mano y, sin decir palabra, sube al escenario y apunta a la cabeza de ESTRELLA.)

¡Las joyas están en la bolsa! ¡No me haga daño!

(El gangster dispara varios tiros a ESTRELLA. Coge la bolsa con las joyas y huye por el patio de butacas. ESTRELLA queda malherida.)

¡Socorro...! ¡Me... muero! ¡No... tengo la culpa de nada...!
¡Ayúdenme...! ¡Ayúdenme, por piedad...! ¡Me... muero!

(Cae estrepitosamente sobre el escenario y muere.

Se baja el telón.)

FIN